PULCHER EN AURELIO PRUDENCIO

Constantino Láscaris C.

Siempre resulta interesante analizar la concepción de la belleza que tiene un creador de belleza. El hombre que ha logrado dar una obra bella, que ha vivido los valores estéticos creadoramente, augura una comprensión de lo bello. Pero no siempre se da la creación acompañada por la comprensión de la creación; más bien es raro que el artista alcance esta segunda. E incluso a veces la actitud ante lo bello contradice la misma obra de arte. No me refiero al caso, tan general en el arte precolombino, de transformar lo feo en valor estético, sino a la capacidad de crear arte cerrando los ojos a la belleza.

Aurelio Prudencio se encuentra ante el arte clásico. En éste se han plasmado determinados valores estéticos, entre ellos, predominantemente, belleza. ¿Qué actitud "intelectual" adopta A. P. ante esta belleza? Como no desarrolló una teoría estética, procuraré entresacar su actitud del uso que hace del término clave, *pulcher*, y sus derivados.

Este término es referido al alma cinco veces (1), una a Cristo (2), dos a los mártires (3), una a las recompensas de las vírgenes (4), una al camino de la fe (5), una a las tumbas cristianas, por alusión a la resurrección (6). Así, tenemos once casos de empleo metafórico o por analogía de atribución. Es recurso corriente en la Patrística el trasladar el sentido de los términos estéticos griegos a valoraciones morales.

Por otra parte, dos veces se aplica a Roma, una a sus murallas (7) y otra a la ciudad, pero en cuanto cristiana (8). Una vez a los senadores (9). Dos veces a la naturaleza, una al círculo que recorre el sol (10) y otra al lucero del alba (11), en ambas ocasiones como recurso poético para engrandecer a Dios, que les es superior. Dos veces se aplica a las estatuas de los dioses paganos, una como recurso dialéctico de apologetica (12), la otra tras imprecuar que estas estatuas sean *puras* y debida-

(1) *Peristephanon*, Hymn. 10, v. 349; id., Hymn. 2, v. 220; id., Hymn. 2, v. 291; *pulcherrima: Apotheosis*, v. 789; *Contra Symmachum*, II, v. 254.

(2) *Apotheosis*, v. 396.

(3) El mártir tinto en sangre, *Peristephanon*, Hymn. 10, v. 908. Al martirio, id., Hymn. 1, v. 28.

(4) *Contra Symmachum*, II, v. 1054.

(5) Id., II, v. 885.

(6) *Cathemerinon*, Hymn. 10, v. 54.

(7) *Contra Symmachum*, I, v. 411.

(8) *Peristephanon*, Hymn. II, v. 231.

(9) *Contra Symmachum*, I, v. 545.

(10) Id., I, v. 319.

(11) *Cathemerinon*, Hymn. 12, v. 31.

(12) *Peristephanon*, Hymn. 10, v. 266.

mente usadas (13). Finalmente, una vez la aplica a las cosas de la tierra: *Hoc pulchrum, quod terra parit* (14), pero referido al alma que se olvida de Dios.

Así, tenemos que aplica este término a "cosas del mundo" ocho veces y, aún de éstas, solamente dos (15) en una acepción directa.

La obra poética de A. P. es bastante extensa y ciertamente de gran valor literario. Por ello, es significativa esta desvalorización de la naturaleza, humana e inanimada. En este aspecto, y del conocimiento general de sus obras, puede señalarse ya una característica dominante: la general ausencia del paisaje. Los temas de A. P. son o teología o martirología. Pocas veces se da realismo en la descripción y en ésta hay siempre un motivo de orden apologético. En este caso, el poeta logra gran belleza plástica, como en el ya citado: "...quedando bello, teñida la barba en su propia sangre, y contempló la hermosura de su pecho ensangrentado" (16). Puede apreciarse que se trata del mismo espectáculo que tantas veces le hace clamar en contra: un hombre ensangrentado. Pero en este caso, lo encuentra *bello*, claro es que no por motivos de índole estética, sino por la razón final de la tortura: el testimonio. Así, incluso en los casos de realismo descriptivo, A. P. encuentra belleza cuando se da justificación religiosa.

Igualmente es fácil de apreciar la ausencia de descripciones concretas de la mujer. El poeta, cuando llega a descripciones concretas, establece imágenes estereotipadas. La mujer individual no es ente para ser cantado y como sexo sólo provoca desconfianza y precaución. Por ejemplo, cuando canta a la Virgen María, no aparecen detalles que pudieran delimitar un rostro determinado. Y todo lo que fueran afeites y adornos, desde las joyas a las flores, es violentamente condenado (17). El sexo masculino, aunque no se le exige tanto recato, no queda mejor parado (18).

Aunque no es algo decisivo, se aprecia que A. P. emplea, refiriéndose a la belleza femenina, el término *decus*: "Pues la mujer, no contenta con su hermosura [*decore*] nativa, falsea su aspecto" (19). La mujer de Lot, convertida en estatua de sal, conserva su *decus* (20). Pero, como con el término anterior, es Cristo quien, al sol, *uincit decore ac lumine* (21) y la muerte del mártir es *decorum* (22) y *decus* es la virtud (23) y el pecho ensangrentado del mártir (24).

Las cosas del mundo son *speciosa* (25), el mundo es *nitido* (26), pero ello lo es para el que olvida a Dios, el cual "tiene por hermoso lo que produce la tierra, lo que proporciona la gloria vana, lo que pasa como el viento, que levanta el polvo a su paso; lo que se disipa a la manera de la tenue sombra" (27). El recelo del cuerpo por su tendencia sensual, de la belleza de la mujer como tentación lasciva y la indiferencia ante la naturaleza, son base exacta para que A. P. haga muy bellas poesías de sentido trascendente. Todo ello se muestra como repudio violento de la belleza plasmada en el arte griego, identificada explícitamente con su sentido pagano.

(13) *Contra Symmachum*, I, v. 504.

(14) *Hamartigenia*, v. 385.

(15) Notas 7 y 9.

(16) *Peristephanon*, Hymn. 10, v. 908-909.

(17) *Hamartigenia*, v. 264 ss.

(18) *Id.*, v. 275 ss.

(19) *Id.*, v. 264-265.

(20) *Id.*, v. 764.

(21) *Cathemerinon*, Hymn. 12, v. 6.

(22) *Peristephanon*, Hymn. 1, v. 25.

(23) *Psychomachia*, v. 646.

(24) *Peristephanon*, Hymn. 1, v. 909.

(25) *Contra Symmachum*, II, v. 134.

(26) *Id.*, II, v. 133.

(27) *Hamartigenia*, v. 385-388.

Lo único que salva A. P. es la métrica y los giros poéticos del lenguaje (28), que asimila incesantemente, pero ni siquiera la poesía (antigua) como tal, por su contenido: "Este camino [la idolatría] siguen y estos delirios vanos se forman de las cosas Homero [poeta], y el fuerte Apeles [pintor] y Numa [la superstición]; mala síntesis [*cognatum malum*] la pintura, la poesía, la superstición; la triple potestad del engaño prevaleció" (29). Como actitud, es la tan generalizada en el tránsito de los siglos II y IV. La actitud combativa frente a la idolatría lleva a la iconoclasia. El deseo de fortalecimiento de la vida familiar se apoya en la hebraización del Imperio y el retiro de la mujer de la vida pública. Y en Arte se sustituye el contenido de los valores estéticos por valores religiosos. La *belleza* de lo terrenal es sustituida por el *decoro*.

Mucha buena voluntad hace falta, por consiguiente, para presentar a A. P. como *síntesis* de dos mundos, cuando repudiaba tan violentamente uno de ellos.

(28) Para la misión que asigna a la poesía, vid.: CUGINI, *La poesia di Aurelio Prudenzio*, Scuola Cattolica (1930), 278-296; PUECH, A., *Prudence. Etude sur la poésie latine chrétienne au IV siècle*, París, 1888. Bibliografía en: *Obras Completas*, Introd. (Madrid, B.A.C.), 76-83.

(29) *Contra Symmachum*, II, v. 45-48.